



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE226080

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

La fuerza para volverse a levantar

En las próximas páginas encontrará numerosas ejemplos de Resurrección. Ejemplos poderosos y solemnes: tumbas que se abren, cuerpos que se levantan de la tierra, ángeles que tocan las trompetas del juicio y el glorioso Cristo que llama a todos a la vida. **Miguel Ángel** nos lo dice en la Capilla Sixtina: todo hombre está destinado a resucitar.

Habrà un momento de encuentro definitivo con Dios. En el cristianismo, el misterio de la resurrección es el corazón mismo de la fe. No se trata simplemente de la supervivencia del alma, ni de un simple regreso a la vida que teníamos antes. La resurrección es algo más grande y radical: es el paso a una nueva vida. Es la promesa de que nada de lo que somos, nada de lo que hemos amado, está destinado a perderse. Que la vida continúa incluso después de la muerte. Para comprender el significado de un concepto así se requiere fe. Una fe profunda, capaz de mirar más allá de las apariencias. Una certeza absoluta de la que una parte de nosotros queda excluida. Entre los muchos misterios de la fe, este es el más profundo y exclusivo.

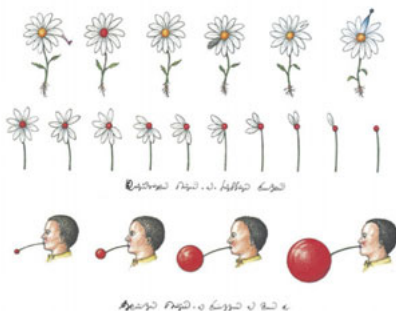
Sin embargo, no siempre es así.

De alguna manera, todos podemos intuir el significado de la resurrección. Todos podemos buscarla, y a veces encontrarla, en nuestra vida cotidiana. Todos conocemos momentos en los que nos sentimos impotentes, desesperanzados y privados de aquello que daba sentido a nuestra existencia.

Vacíos, muertos por dentro, como si algo hubiera terminado: un amor, un sueño, una confianza, una alegría... Momentos de muerte interior. Todos perdemos algo importante, nos perdemos a nosotros mismos. En esos momentos, nos asemejamos –incluso sin saberlo– a los cuerpos pintados por Miguel Ángel; cuerpos caídos e incapaces de levantarse de nuevo. Pero a todos nos ha sucedido algo, hemos experimentado un momento de renacimiento.

En este número de *Donne, Chiesa, Mondo*, algunas escritoras italianas comparten eso: una resurrección cotidiana. A veces, una experiencia vivida. Quizás una palabra, un pensamiento o un encuentro... Fue suficiente –nos dicen– para vencer la oscuridad en la que habían permanecido atrapadas, para volver a ver la luz, para superar un fracaso o para levantarse después de una caída.

A través de sus historias, descubrimos que la resurrección es una posibilidad para la vida. Para el presente y el futuro. Y podemos percibir el profundo significado de la gran promesa cristiana: la vida es más fuerte que la muerte.



DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI(COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDEZZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ANGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

TERESA CIABATTI

Hacía mucho que no veía a mi hija desnuda. Aquí está hoy, la veo a través de la rendija de la cortina que me ha pedido que vigile por miedo a que alguien la viera.

Los probadores de las tiendas de ropa de chica tienen cortinas: de este lado, soy la única madre.

Mi hija ya no tiene amigas. Llega un momento en que deja de responder a todas. Y al poco tiempo, las amigas desaparecen.

“Te queda genial”, le digo, asomando la cabeza. “Ahora pruébate esto, ven”.

“No”, dice.

Le digo que no lo vamos a comprar, lo prometo, es solo curiosidad, quiero vérselo puesto.

Se niega.

Así que le pregunto qué bañador piensa ponerse para ir a la playa, y me responde que el del año pasado. Le digo que le queda pequeño.

“Da igual”, responde.

Entiendo que mi hija no podrá ir a la playa ni nadar en el mar. Estará encerrada en su habitación todo el verano. No ha salido de casa en meses. Dejó el instituto. Y si al principio eso nos pareció una catástrofe a su padre y a mí (“no piensas en el futuro, ¿adónde vas sin un diploma?, mira a tus amigos”), con el paso de los meses, desde la cama, teníamos que cogerla en brazos y meterla en la ducha mientras gritaba: “¡No me toquéis!”. Con el paso de los meses, el instituto pasó a un segundo plano. “Quizás podría retomararlo”, nos decíamos. Perder solo un año se convirtió en nuestra esperanza. Aislarse durante un año y luego volver al mundo. Poco a poco. Pero aislarse durante dos años, tres... El futuro se alejaba cada vez más.

En internet he buscado colegios privados, tres años en uno.

Esta mañana mi hija ha salido de la habitación y me ha dicho que quizás necesite una camiseta de manga corta. He intentado controlar mi entusiasmo porque sé que no debo abrumarla con arrebatos excesivos, de lo contrario corro el riesgo de asustarla y hacer que se vuelva a encerrar. “Piense en una tortuga”, dijo el médico.

Así que, controlando mi entusiasmo, me limito a preguntar: ¿De qué color?

No lo sé.

Abro el frigorífico y le propongo de ir juntas a comprarla. Podríamos ir en metro y bajar en Termini.

Menos uno

Una madre y una hija. Una camiseta. Meses de silencio, puertas cerradas y miedo. Un paso hacia la salida, quizá hacia la luz. ¿Será suficiente tender una mano?

“No me va” – (la tortuga).

En retrospectiva, puedo decir que lo hice bien.

No protesto, anuncio que voy a prepararme y salgo de la cocina. Poco después, reaparezco para decirle que voy a comprar la camiseta, esperando no equivocarme, esperando comprar algo que le guste. Tengo miedo de equivocarme, le digo. Tal vez conmovida por la lástima, o tal vez –pero esta es una hipótesis optimista– recordando que tiene dieciséis años y siente un leve impulso de vivir, mi hija de-

cide acompañarme. Después de meses de reclusión y silencio. De reclusión y música al otro lado de la puerta de su habitación, confinamiento y voces que por un momento esperas, su padre y yo esperamos, que sean sus amigos en altavoz. Pero, en cambio, al pegar la oreja a la puerta, solo son las voces de la serie que está viendo.

“Summertime”

Giulia ve series de televisión.

Al tener una cuenta compartida, puedo ver cuáles. Todas son series para adoles-



centes, y una en particular me llama la atención: *Summertime*. No sé de qué trata, pero el título y los colores del póster me dan esperanzas. Me prometo que la veré.

¿Y si viviera indirectamente a través de las series? –le pregunto a mi marido–.

¿Sería bueno o malo? Tendremos que preguntarle a la médico.

Durante meses, la incertidumbre ha sido un recordatorio constante de cada gesto y palabra de nuestra hija. ¿Es bueno o malo?

¿Es bueno o malo que coma por la noche?

¿Es bueno que suba y baje las escaleras de casa, treinta o cuarenta veces al día? Las he contado.

¿Significa eso que no se está desprendiendo del todo?

¿Es bueno, doctora, que la niña ya no se arranque el pelo? Ya no encuentro mechones enredados en el suelo.

¿Es bueno, me gustaría preguntarle a la doctora, que hoy estemos en la estación? Han abierto muchas tiendas aquí última-

mente, tantas, que esto parece un centro comercial. Bajo las luces artificiales, mi hija se ve diferente, tranquila, calmada (¿significa eso que ya no tiene miedo, doctor?).

Mira los escaparates, entra en las tiendas, sale, “vamos”, dice... “*Summertime*”, pienso. Yo, que siempre odié ir de compras, ahora quisiera quedarme para siempre fuera de esta tienda esperando a mi hija. El futuro parece cercano. En un arranque de confianza, le sugiero bikinis. Me atrevo, insisto. Me equivoco. Tanto que temo una respuesta de Giulia enfadada conmigo que la aleje más de mí. Porque, en estos últimos meses, he sido la persona que más la ha irritado. En estos últimos meses, fuera de su puerta cerrada, le he rogado y gritado. Le he susurrado: “Si quieres, me iré si yo soy el problema”. Convenciéndome de que, sin mí, ella saldría de la habitación, volvería al instituto. “El problema soy yo, solo yo”, me repetí. Nuestras diferentes personalidades, el conflicto madre-hija.

Así que hoy, fuera de la tienda, después de insistir en que se probara el bikini, al darme cuenta de mi error –y cada error en nuestra familia durante meses tiene consecuencias enormes– me preparo para decir: “Si yo soy el problema...”. Estoy lista para repetirlo, aunque, que sea la cortina del vestidor y ya no la puerta del dormitorio es un paso adelante, son “progresos”. “Progresos”, es decir, salir y caminar.

Más allá de la cortina, más allá de la puerta, más allá de todos los muros que mi hija ha levantado, Giulia no reacciona. “Solo quiero la camiseta”, responde.

“Gracias, de todos modos”, murmura.

“Los progresos”.

En este caso, ni siquiera siento la necesidad de consultar a la doctora. Porque entiendo por mí misma que la reacción tranquila es un paso adelante, un gran paso adelante. Y esta vez, me cuesta contenerme y no puedo controlar mi emoción”.

“¿Qué camiseta tan preciosa!”, digo, y si alguien me escuchara, pensaría que estoy loca. Una madre exultante por una simple camiseta. “Alegre, bonita”, continúo.

Y podría añadir –si alguien me escucha– esperanzadora, vital, sorprendente y hermosa. Podría añadir, pero no lo hago porque todavía tengo miedo de asustar a Giulia, de alejarla.

Sin caer

Caminamos sobre la cuerda floja y no debemos caernos –empiezo a hablarme a mí misma en plural–.

No debemos caernos, hija mía.

En ese precario equilibrio, intento dar el siguiente paso, sabiendo que me arriesgo a caer al abismo. “Pero estamos juntas”, me digo, estamos juntas ahora.

Aprovechando la pésima orientación de Giulia, al salir de la tienda no voy por donde vinimos. Llegamos en metro y, como la parada está a cien metros de casa, esos cien metros andando los hicimos rápido y con la cabeza gacha. Así que todo nuestro trayecto ha sido bajo tierra. Llevamos tres horas bajo tierra.

Aprovechando su mala orientación (cuántas veces se me perdió de pequeña), avanzo en dirección contraria y ella me sigue. Se da cuenta del engaño demasiado tarde, cuando estoy al pie de la escalera mecánica, a punto de subir, bajo la luz que entra por las ventanas del primer piso. En esa luz, le extiendo la mano a mi hija, aunque siga algo aletargada.

No pienso retirarla. No me muevo de aquí porque puede verse un trozo de cielo y hoy, por fin, luce el sol.

Giotto, 'Resurrección y Noli Me Tangere' (1303-1305), Capilla Scrovegni, Padua. El paso de la muerte a la vida eterna: a la izquierda, la tumba vacía custodiada por ángeles con los soldados aún dormidos; a la derecha, la aparición de Cristo triunfante a María Magdalena. (Wikimedia Commons)



Una red para aferrarse al mundo y evitar el abismo. Y una carta. ¿Cuántas vidas permanecen en letargo en sus certezas, esperando el valor para despertar?

NADIA TERRANOVA

Mira por la ventana los árboles en las colinas que rodean el vecindario, más allá de la red de protección para los gatos, pero en realidad para ella misma, porque siempre supo que tarde o temprano el abismo la llamaría. Debí haberlo escrito en algún lugar, en un papel cualquiera o un diario. Pero no, lo escribió en la palma de su mano con una pluma; un gesto que se permite cuando está sola y no le gusta dictarse mensajes por teléfono, como hacen sus amigas para recordar frases importantes. Confía en su memoria y no le importa lo que se pierda porque confía en que lo que retenga es porque valía la pena recordarlo. Valía la pena correr el riesgo, incluso el riesgo al olvido. Pero el miedo estaba inscrito: *Abyssus abyssum vocat.*

Mira por la ventana, más allá de la red, mientras piensa que la casa separa y la casa protege. La casa da cobijo, aísla, esconde. Las casas te devoran y luego te escupen, nunca te digieren. Dentro de una casa también se puede morir. Este pensamiento la ha acompañado a veces, se ha visto a sí misma quedándose dormida en la cama y no despertando jamás. Quizás porque, en un momento dado, se quedó dormida en la Ciudad Vieja y no se dio cuenta. Después de elegirla con la fuerza con la que se persigue el amor a los veinte años, se dejó abrazar por la fuerza de las certezas veinte años después. Te adormeces allí, dentro de una certeza, y el calor que te rodea te protege, te acuna. Nada pasa ni un ruido y ni siquiera el aire.

Al revés

Había estado dormida en la Ciudad Vieja tanto tiempo que, cuando llegó la oferta del nuevo trabajo, al principio se olvidó de leer hasta el final y ahí hablaba de otro lugar. Al otro lado del mundo. Y lo descubrió solo al releer la carta.

Entonces empezó a pensar en sí misma con la cabeza al revés y el tiempo al revés. Como le sucede al ahorcado en el bosque –colgado de una rama, pero aún vivo, y

Retrato en la ventana



William-Adolphe Bouguereau, 'Las piadosas en el sepulcro' (1890), Museo Real de Bellas Artes de Amberes (detalle). En la mañana de Pascua, los discípulos fueron a la tumba de Jesús para ungir su cuerpo, pero la encontraron vacía y se convirtieron en los primeros testigos de la Resurrección. (Wikimedia Commons)

con una mano libre con la que puede cortar la soga – que cae, se hace daño, se levanta de nuevo y mira a su alrededor dándose cuenta de que no ha muerto. Pero queda aturdido.

Mira por la ventana, más allá de la red para los gatos, con la carta en la mano y el nombre del destino extranjero. La habían llamado, sí, pero no era el abismo. Y donde va no habrá redes, o quizá sí, porque todos los lugares nuevos tienen la fuerza de los veinte años y, en proyecto,

la de otros veinte futuros de certezas. Al menos hasta que tenga tiempo.

Mira por la ventana y se gira. La última maleta está en la entrada. La casa está vacía, la Ciudad Vieja la rodea. Tiene los ojos abiertos, bien abiertos, como el ahorcado que no estaba muerto, solo aturdido, antes de encontrar otro bosque. Coge la pluma y escribe en la palma de la mano: cada movimiento es una pequeña resurrección. No oculta la mano, cierra la puerta y sale al mundo.

La hija y la madre

*Una mujer en coma, otra que no llora... el llanto apaga la esperanza.
¿Cuánto amor hace falta para esperar en silencio que alguno se despierte?*

ROMANA PETRI

La enfermera entró en la sala de espera de las Urgencias del Hospital San Giovanni de Roma. Con un papel en la mano y la mirada perdida, preguntó:

—¿Hay algún familiar de Chiara Felce?

—Soy yo —dijo una mujer, levantándose con expresión abatida—. Soy su madre.

La enfermera permaneció en la puerta. La mujer se acercó rápidamente.

—¿Cómo está?

—La operamos. Pero el impacto fue grave. Una conmoción cerebral severa. Y la columna vertebral. Puede que no vuelva a caminar. Todo está por verse. Por ahora, está en coma inducido.

—¿Puedo verla?

—La llevaremos a planta pronto. Cama 24. Espérela allí.

Ni siquiera notó la frialdad de la conversación. Los médicos y las enfermeras, en determinados momentos, tienen un poder absoluto. Dependes de ellos. Te hablan de tú, aunque seas adulto mientras que uno les habla de usted. Sin embargo, en esos momentos, poder hablar con estos profesionales te hace sentir privilegiada. Porque si lo que está en riesgo es tu vida, no importa esa falta de respeto. Y si no es tu vida la que peligra, sino la de tu hija...

Ada volvió a coger su abrigo y su bolso de la silla y luego caminó lentamente hacia la cama 24, que encontró vacía y recién hecha. Tenía esa ligereza propia de las camas de hospital. Las sábanas y las mantas parecían no tener grosor. Un poco como la vida de los pacientes hospitalizados. Tomó la silla junto a la mesita de noche metálica y la acercó a la cama. Y allí permaneció, con las manos juntas, pero no en oración, hasta que la vio llegar. Las enfermeras la levantaron con la sábana y la colocaron en la cama. Luego se movieron rápidamente a su alrededor. Ada preguntó si tenían alguna información más. Dijeron, con desgana, que si tenían que saber de todos los pacientes... Y se marcharon dejando a Chiara con vida gracias a quién sabe cuál de esas máquinas. En un coma que, por lo que entendió, sería farmacológico por un corto tiempo y luego sería un coma y nada más.

Sentada junto a su hija, le tomó la mano y comenzó a rezar. Incluso sintió ganas de llorar, pero se obligó a contenerse. Una llora después de lo sucedido, pensó. No cuando aún hay esperanza. Llorar la consume lágrima tras lágrima. Hay algo oscuro, sobrenatural en el llanto, que no trae nada bueno. Así que no lloró. Nunca lloraba. No recitaba oraciones, hablaba con Dios con sus propias palabras. Llamaba a su hija por su nombre, le contaba sobre su nacimiento, sobre su infancia, lo felices que habían sido y que ya había tenido que soportar la muerte de su esposo. Le hizo saber que Él era el Maestro en la distribución del dolor. Siempre lo daba en justa proporción a cuánto podíamos soportar. Y ella ya estaba saturada por la muerte del hombre que amaba. La idea de que su hija hubiera perdido a su padre con tan solo diez años también le pesaba. Así que, si su hija moría, la carga recaería únicamente sobre sus hombros. Intentó convencer a Dios de que abandonara esa idea. De que no abusara de sus frágiles hombros. Casi cada pensamiento concluía con esa frase.

Caperucita Roja

El tiempo transcurría. Pasaban las estaciones, y en cuanto podía, la madre iba a ver a su hija. Arrastraba una silla hasta la cama y sostenía las manos de su hija con ambas manos, comenzando esas oraciones cuyas palabras siempre cambiaban. Solo el estribillo era siempre el mismo. A menudo se quedaba dormida y soñaba con entrar en el cuerpo de su hija para darle la fuerza para despertar. A esa hija que había llevado en su vientre, donde la había construido parte por parte. Ahora era ella quien tenía que entrar en ella para que volviera a ponerse de pie. Cuando despertaba, tenía un sabor amargo en la boca, y antes de irse, le peinaba el cabello mientras le cantaba una canción de un disco que había escuchado de niña. Era la historia de Caperucita Roja, y la letra decía: Quien quiera compartir un bocadillo conmigo, no tenga miedo, venga aquí, porque hay suficiente para todos en la cesta. Venid animalitos, venid conmigo...

Una noche, mientras estaba allí soñando en el dorso de la mano de su hija, Chiara abrió los ojos. Empezó a mirar a su alrededor.

Vio un calendario en la pared con muchos más días transcurridos de los que recordaba vagamente algo. Cuando vio aquella cabecita dormida en su mano, se sintió más despierta. Sonrió. Esperó hasta despertarse del todo. Incluso le pareció fácil. Tan fácil que llegó a una conclusión extraordinaria. “Pobre mamá”, pensó. “Qué cansada estará. No hay necesidad de despertarla ahora que he vuelto a la vida. Esperaré a que abra los ojos”.



El Greco, 'Resurrección de Cristo' (1597-1600), Museo del Prado, Madrid. Cristo resucita, asombrando a los soldados que custodiaban la tumba. Aparece envuelto en el manto púrpura del martirio, con un estandarte que simboliza la victoria sobre la muerte y una aureola romboidal, según la tradición bizantina. (Wikimedia Commons)



ELENA STANCANELLI

Mi hermano murió en el verano de 1972 en el pinar detrás de nuestra casa que era denso, oscuro y tan grande que, si gritabas, nadie te oía. Gritar era nuestro juego favorito, cuando nos escondíamos, o corríamos en bici, o nos aplastábamos los dedos con piedras para abrir los piñones. Éramos unos auténticos gritones. Pero cuando vi a mi hermano en el suelo, no sentí ganas de gritar, quién sabe por qué. Me incliné sobre él y lo llamé por su nombre en voz baja. Luego me tumbé a su lado, cerré los ojos, conté hasta mil, y cuando los abrí de nuevo y me giré para mirarlo, él también tenía los ojos abiertos y me estaba mirando. Aunque sus ojos eran extraños, un poco velados. También tenía un pie descalzo, el derecho. Encontré la sandalia de tela roja y blanca un poco más lejos. Se la puse. Con sandalias en ambos pies, mi hermano se levantó, se sacudió las agujas de pino de la camisa y dijo: "Vámonos". Solo entonces me di cuenta de que, del susto, me había orinado encima.

Al final de aquel verano, mi hermano entró en primero de primaria. Nadie en su clase sabía lo que le había pasado. Ni la maestra, ni sus compañeros. Ni siquiera mis padres lo sabían, porque aquel día, cuando volvimos a casa del pinar, no se habían dado cuenta de nada. Para ser sincera, mis padres apenas se fijaron en nada, sobre todo, durante el tiempo que pasamos en la playa, en aquel pueblecito de Versilia con ese nombre tan peculiar: Poveromo. Durante el día, dormían en las tumbonas de playa, mientras mi hermano y yo buscábamos cangrejos ermitaños, y por las noches bebían vino. Mi madre se bronceaba muchísimo, y por las noches, mi hermano y yo teníamos que turnarnos para ponerle crema en la espalda porque mi padre se negaba. Mi padre, que era periodista, parecía interesarse por todas las tonterías que ocurrían en el mundo, excepto por nosotros. Así que ninguno de



Ojos velados

los dos sabía que mi hermano, a los cinco años, había fallecido.

Hasta aquel día en el pinar, había sido un niño dulce. Casi nunca lloraba, nunca se quejaba, hacía todo lo que se le decía. Lo que más le gustaba en el mundo era estar conmigo, porque era su hermana mayor. Juntos andábamos en bicicleta, comprábamos caramelos, cazábamos can-

grejos ermitaños e íbamos al pinar. En invierno, pasábamos mucho tiempo en la habitación que compartíamos, jugando con Legos y Barbies. Pero lo más importante de nuestras vidas ocurría en aquella casa de verano. Como nuestros padres dormían todo el día, había una niñera que nos cuidaba. Nos vigilaba, la queríamos mucho, pero a menudo nos escapábamos. Nadie se preocupaba demasiado porque en aquel pueblecito llamado Poveromo no había grandes peligros. Regresábamos al anochecer, cuando mis padres ya estaban bebiendo vino y la niñera nos bañaba. Fue ella quien se dio cuenta, al volver del pinar, de que mi hermano caminaba de forma extraña. Colocaba su pie derecho de una manera extraña, un poco torcido. Como



Caravaggio, 'La incredulidad de Santo Tomás' (1600-1601), Bildergalerie, Potsdam. El momento en que el apóstol introduce su dedo en la herida de Cristo para comprobar su resurrección. El escepticismo se transforma en fe. Este episodio se narra en el Evangelio de San Juan. (Wikimedia Commons)



¿Quién salva a quién en una familia donde nadie cuida? Una niña ve morir a su hermano, pero se levanta. Y después...

si tuviera algo clavado en la planta, una piedra, una espina. Mi hermano sonrió, me señaló y le dijo a la niñera que me había orinado en los pantalones. “No es verdad”, dije. Desde ese día, mi hermano siempre caminaba de esa manera torcida. Y empezó a comportarse de forma extraña. Por ejemplo, hablaba solo.

Lo hacía cuando construía Legos, cuando cruzábamos la plaza camino a la escuela o antes de quedarse dormido. Murmuraba, tarareaba, se reía. Quería preguntarle al respecto, pero siempre había tenido miedo de ese dicho sobre los sonámbulos, que si los despiertas, se asustan y les da un infarto. Así que fingí que no pasaba nada, esperando que no lo hiciera delante de desconocidos. Si hubiera pasado delante

de mis padres, no se habrían dado cuenta, o tal vez sí. Mi miedo era que otros niños se burlaran de mi hermano porque hacía cosas raras o caminaba de forma extraña.

Era un temor infundado. Íbamos a la misma escuela primaria, en dos clases diferentes. En el recreo nos encontrábamos en el pasillo y él siempre tenía un séquito de amigos, sobre todo amigas. Llegaba a casa con una mochila llena de regalitos, cartas y dibujos. Las niñas le pintaban las uñas con rotuladores y le sujetaban el pelo con horquillas. Los chicos lo consideraban un compañero leal y le confiaban sus secretos. Le invitaban a casa a jugar y siempre lo elegían para todos los equipos. A pesar de su mala postura, mi hermano era bueno en todos los deportes, y el año siguiente

al verano en que murió, se volvió mucho más popular que yo. Ahora él elegía los juegos y yo hacía lo que él sugería. Nunca tuve celos de mi hermano; más bien, me sentía responsable. Porque a pesar de su nueva popularidad, yo conocía su secreto, y no podía olvidar sus ojos cerrados y sus ojos abiertos, extraños y polvorientos aquel día en el pinar. Así que siempre me aseguraba de que no le pasara nada malo, de que se despertara cada mañana, de que comiera lo suficiente.

Otra cosa que mi hermano había empezado a hacer era dejar de comer. Lo hacía de forma tan evidente que no entiendo cómo mi madre no se daba cuenta. Pero ella estaba distraída, cada día más, primero por el vino, y porque mi padre llegaba muy tarde a casa. “Es el periódico”, decía él, pero un día no volvió y mi madre dejó de preocuparse por todo, y mucho menos por lo que quedaba en el plato de mi hermano.

Extrema delgadez

Se había puesto tan delgado que no me daba cuenta cuando entraba o salía de la habitación. Apenas podía verlo. Era como si se hubiera convertido en parte de las cosas en las que se apoyaba. La pared, la cama, el suelo. Tropezaba con él constantemente, y él se lo pasaba en grande. Era como una brisa, una corriente de aire que entraba por la ventana, como el aire caliente que salía del secador cuando me secaba el pelo. Hasta que un día, mientras cruzábamos la plaza camino a la escuela de la mano, me di cuenta de que no tenía la mano en la mía y que mi hermano no caminaba a mi lado. Hacía mucho frío ese día, y había escarcha en el césped donde los perros se revolcaban en ella con gran alegría. Había muchos perros jugando a mi alrededor, así que me tumbé y cerré los ojos. Los oí ladrar y luego dejé de oírlos durante un buen rato.

No sé cuánto tiempo pasó, pero en cierto momento oí una voz que me llamaba por mi nombre. Muy despacio, como si susurrara. Abrí los ojos y allí estaba mi hermano, llamándome suavemente. Me preguntó cómo estaba, yo le pregunté adónde había ido. Me dijo: “Fui a buscar tu zapato, te has resbalado”. Miré mis pies y tenía razón. En el derecho solo llevaba el calcetín a rayas. Mi hermano me puso el zapato y lo ató con cuidado. Me tendió la mano para que me levantara y seguimos nuestro camino hacia la escuela. Me dolía un pie, el derecho. Sentía como si algo se me hubiera clavado bajo la planta, una aguja de pino, una piedrecita.

El mar que siempre vuelve

Apagarse lentamente: el corazón, el alma y luego el mundo entero. Una bandada de pájaros. La esperanza no llega donde la buscas, sino donde no estabas mirando

EVELINA SANTANGELO

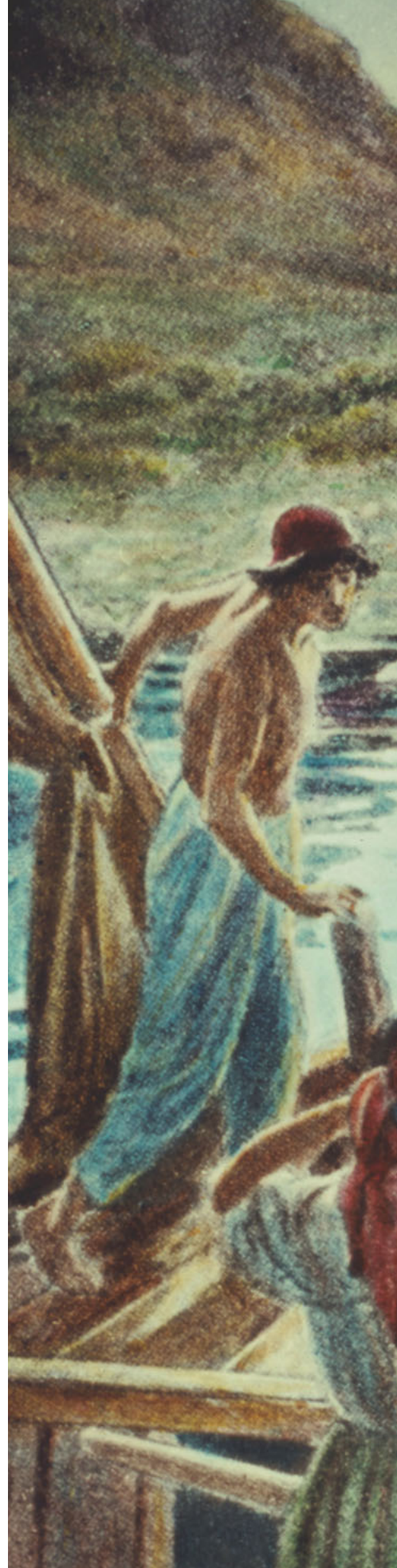
Hay momentos en la vida en que todo parece perdido. No es un evento específico lo que hace que todo se desmorone, es una maraña de circunstancias que crean una forma de no-esperanza. Y no tener esperanza significa renunciar a la idea misma de que pueda haber un futuro, al menos para una misma. Comencé a aislarme de la vida en febrero de 2017. O tal vez ya había empezado antes, lentamente, imperceptiblemente. Me envenenaba con 40 cigarrillos al día. Pasaba noches en vela en el balcón, mirando los perfiles de los santos en la fachada de la iglesia de enfrente. Cielos oscuros y una soledad oscura... Lo más evidente, el dolor conocido, eran llamas en mi cabeza por un amor de una década que comenzó en mi juventud y que hacía tiempo que se había extinguido en la impotencia. Pero hoy no le atribuiría todo a ese dolor, por poderoso que fuera. Algo dentro de mí se había roto y ese dolor solo lo había empeorado. Mi cuerpo era una cuerda tensa que se deshilachaba cada día más. Llevaba mucho tiempo esperando el momento en que, de una forma u otra, la tensión finalmente se liberara. Esperaba algún tipo de liberación. Cualquier tipo.

Todo sucedió en cuestión de minutos, una sensación de ardor en el estómago y el pecho. Infarto. Varios. Uno tras otro. Mi corazón en rebeldía. Carrera al hospital. Maniobras para salvarme. Tuvieron que salvarme varias veces en los meses siguientes. Una lucha constante. Sin embargo, no era miedo lo que sentía cada vez que mi corazón se rebelaba. Sino una sensación de inevitabilidad, como si fuera el orden natural de las cosas. No había necesidad de luchar, sino de rendirse a lo inevitable. Nunca antes había experimentado plenamente como aquellos días la condición humana de la mortalidad, el destino humano de tener que morir. No hay resumen de la vida que pasa ante ti, como dicen algunos. No hay nostalgia. No hay agitación interna. Solo el final desplegándose como una divinidad imposable.

La oscuridad de mi alma llegó después, cuando sobreviví. Como si, una vez superada esa excepcionalidad de tener que salvarme cada vez, la existencia hubiera perdido todo sentido. Quizás le sucede a cualquiera que se enfrenta a una dimensión extrema, entre la vida y la muerte, quién sabe. Solo sé que, en ese momento, la existencia ya no tenía nada deseable para mí. Más bien, era una carga, una limitación. Vivía una forma extrema de desesperanza. El futuro era una cáscara vacía, que no me importaba, y quizás ni siquiera me interesaba. Había terminado en un páramo, eso es todo. Reseco. Atrapada en un presente cegador de días y noches sin sentido. Habría pasado al menos dos o tres años en esa oscuridad. Una extraña para mí misma. Un estado de alienación que no le deseaba a nadie, pero que muchos experimentan en algún momento de sus vidas. No creo que sea solo depresión. Creo que es como una forma de agotamiento de la savia vital, como si todas mis energías se hubieran consumido: físicas, mentales, emocionales y afectivas.

La llegada del Covid

Por eso, cuando llegó el Covid, no me hacía sufrir la separación de los demás. Cuerpos confinados en casa. Gestos prohibidos. Inmovilidad. Lo que me silenciaba y aniquilaba aún más era la idea de un mundo entero abandonado, agotado de su energía vital. La desolación, pues, dejó de ser una condición personal para convertirse en el destino de un planeta maltratado. Mi tierra desolada adquirió de repente los límites de todo el mundo natural y del planeta: bosques, océanos, mares, glaciares, cetáceos, aves, mamíferos... un mundo donde cada vez había menos espacio para lo salvaje, para lo vivo. Ningún rincón del planeta estaba a salvo de los apetitos humanos, de nuestra arrogancia, de nuestra opresión y de nuestra ceguera como animales cuya supervivencia depende de los mismos equilibrios que amenazamos. Para mí, pandemia no solo significaba una



William Hole, 'Jesús se aparece a Pedro y a los demás en el mar de Galilea' (siglo XX), Biblioteca del Congreso, Washington. El episodio se narra en Juan 21:1-14. El grupo reconoce al Maestro, demostrando la continuidad de la misión apostólica tras la resurrección. (Wikimedia Commons)



epidemia que se extendía por el mundo afectando a la población mundial, sino que era la forma del daño que le habíamos infligido al mundo, la manifestación de un agotamiento global inducido.

Si la enfermedad y la depresión eran la oscuridad del alma, la pandemia era la oscuridad del espíritu. Una falta de esperanza en la humanidad, en su redención. Cuando todo parecía perdido, aprendí que lo único que quedaba era centrarse en las pequeñas cosas, porque ahí se podía encontrar lo inesperado, la chispa de la vida, que, lejos de los ojos de la mayoría, se revela, mostrando la resiliencia de la naturaleza. Empecé a escuchar el mundo que me rodeaba. Recuerdo el alivio con el que un día me detuve a observar una bandada de pájaros que, en la ciudad desierta, permanecían inmóviles, agazapadas en el pavimento, con las pupilas palpitando febrilmente; o el asombro con el que una mañana vi el mar, no lejos de la orilla, surcado por los lomos de lo que creí que eran delfines, o criaturas marinas.

Una señal

Me pareció una señal. Cuanto más tiempo permaneciéramos encerrados en casa imaginando el fin del mundo, más respiraría la naturaleza, más recuperaría su espacio, me dije, sintiendo por primera vez en años algo parecido a una oleada de alegría, una pasión por algo. Y algo que sucedía más allá de mí, a pesar de mí misma, a pesar de mi desolación, de mi sentimiento de trascendencia. No hay nada más poderoso que la vida misma, manifestándose libremente, de forma irreductible.

La naturaleza, respirando lentamente en los inmensos y solitarios vuelos de los pájaros, en la repentina aparición de zorros o animales salvajes en las calles de la ciudad, coincidió para mí con el retorno de la esperanza y el tiempo, mucho más allá de la medida humana. Y la esperanza adquirió el aspecto de la pureza del mar, que en aquellos días de playas salpicadas solo por las huellas de pájaros y criaturas marinas, tenía algo primordial y sagrado. Sumergirme en ese mar cristalino y helado una mañana de invierno fue mi manera de reconectar con toda la vida, de sentirme parte de un orden más grande e ilimitado, una respiración universal. Al dejarme arrullar por el suave movimiento de las olas, aprendí la lección del mar: la energía inherente a ese ir y venir, ir y venir, era el llamamiento perenne del mar que siempre comienza de nuevo, intrépido, constante, nunca igual. A su manera divina.

La mirada de Dios

Un padre que toma de la mano, una amiga que ya no está. El luto llega como círculos concéntricos. Los que amamos dejan de morir, aunque no dejamos de extrañarlos

ANTONELLA CILENTO

Para Anna Toscano, poeta y amiga inolvidable

Papá me toma de la mano y la sostiene. Nunca ha sido muy cariñoso, pero ahora, al acercarse el final, en cuanto me siento, me toma de la mano. Sus ojos son azules grisáceos, del mismo color que las venas visibles en sus manos demacradas. Se está poniendo triste y melancólico. Me pide una almohada para sus hemorroides. Nos sentamos en el sofá, con la televisión apagada, y le falta el aire. Papá tiene miedo a morir, como todos, pero se mantiene firme, en parte porque es de natural indomable, en parte por la educación de su generación para reprimir las emociones. Y esto es lo que le enferma, su vientre se hincha con todas las emociones reprimidas, las decisiones sin tomar y los errores que ha expiado con la boca cerrada. Como un fantasma, la familia deambula por la casa, hablando en voz baja, como si ya fuera un velorio. El deterioro de papá asusta a quienes están acostumbrados a verlo fuerte. Nos llegará nuestro turno también, susurran. Si tene-

árboles y hierba. Habíamos hecho un pacto con la tierra. Dejemos que la hierba haga su trabajo. Dos semanas antes, Anna me había dicho: Tomaré un tren y te veré en Navidad. La creí, quería que sucediera. Entonces llegó la Navidad, y Anna ya había tomado el tren, uno de esos que viajan entre planetas y galaxias, como en los dibujos animados que veíamos de niñas. En casa de mi padre, mientras ella me tomaba de la mano, la familia estaba ocupada con su rutina: repetir el error. Cada uno a lo suyo: un hijo que se esconde como su padre, una hija que da órdenes como su madre. Siempre estamos aquí, repitiendo el error: exorciza la muerte, impide la evolución. Renovar el bloqueo, mantener la máscara puesta, creemos, prolongará nuestras vidas. De lo contrario, como en los videojuegos, si despejas el camino, todo se desvanece y el juego termina: en la habitación de mi padre, nadie quiere que la partida termine.

Yo, por ejemplo, escribo para que no termine. Por miedo a la muerte y para

cuadrado de mármol en una isla en medio del mar? Ven cuando esté mejor, me dijiste al principio.

Nadie quiere ser visto muriendo, por eso, los animales se esconden, mueren solos. Debería haber desobedecido, simplemente venir, tomar un tren, cruzar el mar y me encontraría en la puerta. Iré en peregrinación a la isla donde descansas: siempre fuiste una peregrina a tumbas abandonadas o desiertas. Poeta, escritora, fotógrafa. Tenías miedo de ser olvidada. Un día, me preguntaste si realmente valías algo: me quedé atónita. Vales tanto, hermana mía, eres preciosa, estás hecha de oro, rebosas talento y bondad. Te quiero y lo creo, es objetivo.

Quizás, respondiste con tu sonrisa habitual, pero con dudas. Cuando te conocí, hace muchos años, tu familia aún vivía. Pronto, sin embargo, la más querida, la abuela, había dejado de usar minifaldas a principios de siglo; una hermana vivía al otro lado del planeta; la madre, de la que tanto te quejabas, tuvo que ser trasladada a otro lugar; y lo único que te quedaba de tu padre eran sus gafas. Te conmovían las residencias de ancianos y los ancianos que vivían en ellas. Siempre escribías sobre la muerte que se cierne tras la vejez, como un portero que dice: "Ya era hora", y mientras tanto barre, sonríe, conversa y escucha. Ten paciencia. "Solo quería envejecer", me dijiste una de las últimas veces.



mos suerte, pienso, también envejeceremos y moriremos en nuestras camas rodeados de nuestros seres queridos. O moriremos por el camino, jóvenes, como **Anna**.

Habíamos hecho tantas cosas bonitas juntas, quería contártelo en persona. Vivir en ciudades lejanas, morir en la distancia. Decirse adiós a las tres de la tarde, entre una conferencia y una clase sin previo aviso, mientras una araña, como cada año, deposita una corona de flores en la Inmaculada Concepción de la Virgen en la Piazza del Gesù. Fotos, televisiones, el alcalde, los turistas. Salía de un edificio del siglo XV donde se había hablado de

que la vida no nos alcance. Anna murió hace tres meses y pronto le tocará a papá. El duelo a veces es concéntrico porque no tienes tiempo de ver el primer círculo antes de que se ensanche un segundo. Fui a mi homeópata, que tiene ochenta años, y le dije: "Siempre estoy llorando, ¿qué hago?" Me sonrió. Salí con una receta de haba de San Ignacio. Contiene mucha estricnina, esto es, un veneno para expulsar otro veneno, la tristeza. Ahora, Anna, ¿estás en la verdad? ¿Ahora nos ves a nosotros y todo lo que somos, nuestras mentiras, las piadosas mentiras dichas para una vida tranquila? ¿Estás en las nubes, en las flores, o en ese

Envejecer

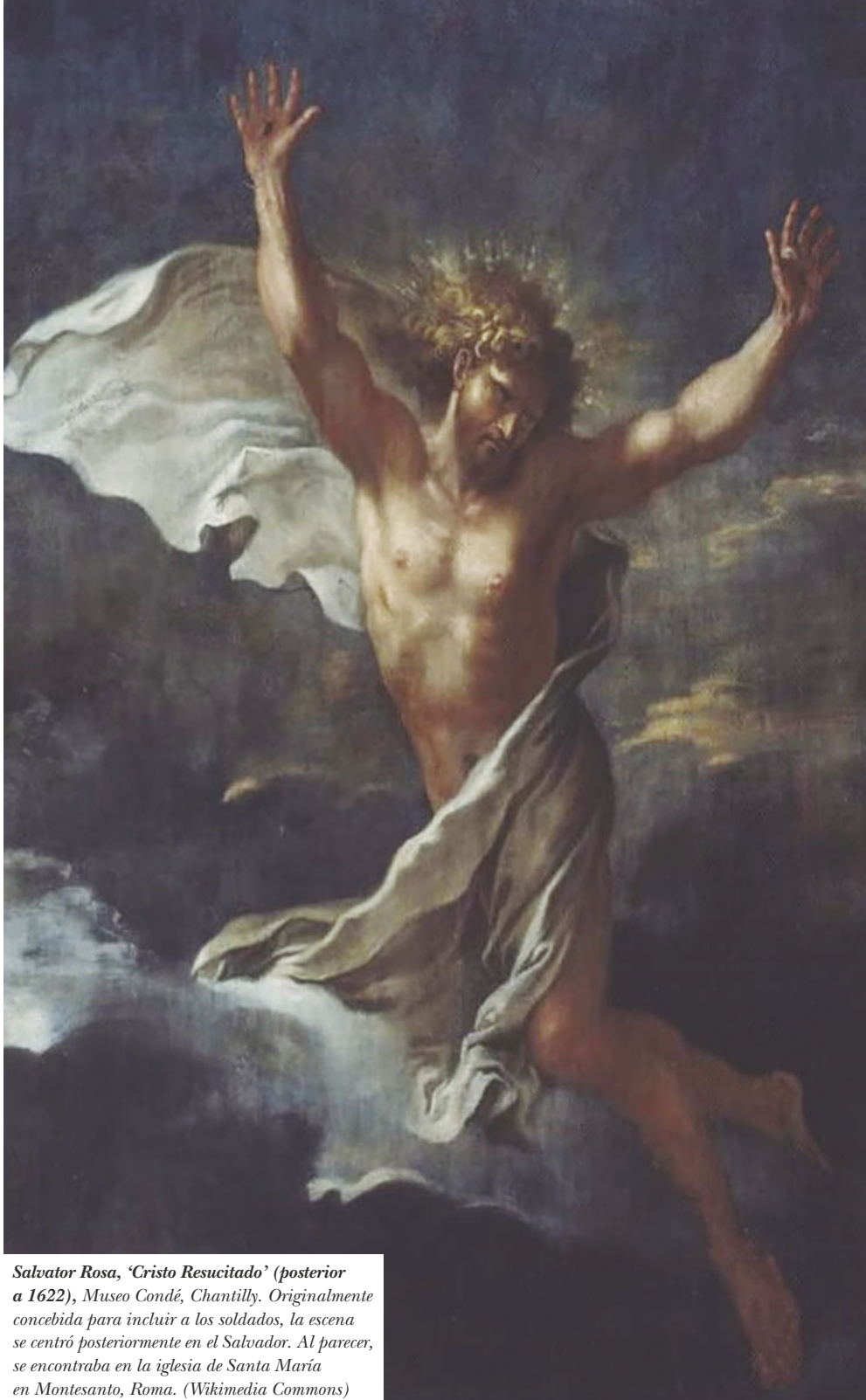
Querías envejecer con el mismo anhelo que algunas personas tienen por tener hijos. Mira ahora, Anna, papá aquí, con su mano en la mía, es viejo, y sigue siendo un niño, un huérfano a los dieciocho que todavía quiere hacer bromas. "¿Por qué no me diste nietos?", se quejó una vez, con miedo y rabia. "Porque no era mi destino", respondí. "Niños que quieren que otros niños los vean morir". A menudo me parecía que tu alegría, que era imparable y contagiosa, tenía una trampa tras ella: eras brillante, inteligente, sonriente y luego decepcionada, traicionada y taciturna.

Compartíamos la rabia. Éramos las no reconocidas, las canceladas, las desvanecidas y, a su vez, intentábamos reparar esa desaparición. Me llevó días, luego semanas, intentar aceptar que te habías ido. Mientras tanto, los recuerdos públicos, los artículos y la socialización de la muerte me perseguían. Hemos contraído una deuda con la tierra, deja que la hierba haga su trabajo. Me atormentan las cosas hermosas que me diste. Un collar de cristal con grandes calamares, como ánforas sin fondo o capullos de flores. Un pendiente con forma de medusa de cristal rojo. Un broche con forma de jarrón: todavía está en la chaqueta que llevaba la última vez que te vi, en Milán. Un catálogo de papeles de artista, las obras de Alberto que murió antes que tú... Nosotras dos en su taller cuando aún vivía, las ilusiones de agua y tinta, Fate Morgana al estilo japonés, tu Venecia, que siempre es piedra, arena, cristal, fuego y agua, tanta agua, agua pintada.

Belleza

La belleza permanece. Ahora, tú y Alberto estaréis haciendo origami juntos en el paraíso. Bueno, Anna, una no se va, así como así: “lo siento, me quedo dormida y me voy”. Aún tengo un manuscrito aquí para comentar, porque, estando enferma, no quería agobiarte con indicaciones o reescrituras, así que imagínate. La vida cómo sucede, cómo pasa, cómo se repite, aburrida e indispensable. El alma, la caja de resonancia de todas las conversaciones del pasado, tus maestros, las antologías, los recuerdos compartidos y los contados, los almuerzos y cenas juntos en al menos tres ciudades. Todo se ha vuelto eterno: ahora existes dentro de mí como la casa de mi abuela, que ha desaparecido, renovada, vendida, irreconocible. Tuvimos abuelas centenarias, dos abuelas tan diferentes: la mía era prehistórica, una niña de piedra; la tuya era una joven vivaz, moderna, poco convencional. Como tú. Ellas han estado pasando por un siglo, tú has estado eligiendo durante la mitad del tiempo: los atajos, el pelo corto, aún más corto. Tú preferías los perros, yo prefería los gatos. ¿Has leído esto? ¿No? Pues léelo. ¿Te gustó? Precioso, precioso. Entiendes, no me lo han perdido. ¿Y por qué? Porque así son las cosas.

Y ahora que casi he hecho las paces, al menos con la idea del tiempo verbal en el que pensar en ti, aquí está mi padre. En la habitación que huele a detergente, fruta cocida y radiadores, todavía me sostiene la mano y alguien me habla: tu



Salvator Rosa, ‘Cristo Resucitado’ (posterior a 1622), Museo Condé, Chantilly. Originalmente concebida para incluir a los soldados, la escena se centró posteriormente en el Salvador. Al parecer, se encontraba en la iglesia de Santa María en Montesanto, Roma. (Wikimedia Commons)

papá, mi mamá. Soy alérgica a estas formas de posesión emocional que incluso comprometen la gramática. Infantilización, mantas usadas. Vejez, la puerta final a los peores hábitos. Y entonces, esta mañana, en el lago Averno, donde Virgilio imagina que uno entra al Hades, entre las fochas y los ánades reales, entre las gaviotas y los gatos, te vi. Alegre, estabas tomando fotos, estabas sonriendo. Y comprendí por qué te conocí en esta vida. Y te sonreí, sin más

lágrimas ni remordimientos. Una gata tricolor vino a mí al banco para que la acariciara. Estábamos todos juntos con la mirada fija, tú, yo y la gata. La mirada de Dios dentro de nosotros contempló la naturaleza serena, el lago, las colinas, las flores en flor, tus palabras y la eternidad. Y dejaste de morir. Volví al homeópata y me dijo: “¿La muerte? Ni siquiera pienso en morir, soy inmortal”. Y de repente, amiga mía, todos hemos reído.

ALESSANDRA SARCHI

En la pared está colgada una placa con su nombre: Doctora **Marta Iotti**, ginecóloga. Aunque está torcida pues le falta un tornillo. Es el último vestigio de su actividad profesional; una placa que, en breve, habrá sido retirada del edificio. Su esposo, **Pietro**, le había dicho: “Te echaré una mano con las cajas”, pero ella prefirió encargarse sola, tomándose todo el tiempo necesario para decidir qué hacer con cada objeto acumulado en aquella consulta de 60 metros cuadrados donde había trabajado durante treinta y cinco años. No había sido toda su vida laboral, pero sí la más íntima. Lejos de la tensión del quirófano y la sala de partos, entre esas paredes pintadas de color crema, había acumulado libros, revistas, fotografías, cartas de la época en que aún se escribían a mano, tarjetas de agradecimiento de sus pacientes, dibujos de los bebés que había traído al mundo y que las madres a veces traían consigo a las visitas –para los pequeños había preparado una pequeña mesa de madera con hojas de papel y lápices de colores– y una colección de plantas en macetas que florecían en el balcón. Deshacerse de las muestras de medicamentos, los instrumentos de diagnóstico, la camilla, los armarios y el escritorio había sido fácil: se los había dado a una colega más joven. En cambio, para deshacerse de todo lo demás se necesitaban ciertos criterios, una medida, el equilibrio adecuado entre lo que valía la pena conservar y lo que era inevitable desechar. “Me parece que aún no has encontrado cómo hacerlo”, le había dicho Pietro al tercer día de la limpieza cuando, durante la cena, Marta había contado las más de cien cartas, tarjetas y fotografías acumuladas en estos años.

“Creo que me las quedaré todas. Están en esa caja. Son como una máquina del tiempo, me recuerdan a personas y situaciones que de otra manera olvidaría”, concluyó, pelando una manzana. Pietro le tomó enseñuida la mano: “No te pongas triste”.

Marta sabía muy bien a qué se refería su marido. Durante veinticinco años, habían intentado juntos, cada uno por su cuenta, no caer en la melancolía, del mismo modo que ahora ella intenta evitar los charcos en la acera por la que va a su consulta por última vez. Ordenar, deshacerse de dibujos infantiles descoloridos –al final tiró muchos porque eran ilegibles, el papel estaba tan seco que se deshacía en la mano– le ha ayudado a centrarse en el significado de una profesión que incluso ha dejado huellas en su cuerpo, deformidades más o menos

Un tulipán blanco

Dar a luz a muchas vidas mientras la tuya se desvanece. Y una flor que te espera durante 25 años. ¿Puede una planta recordar lo que llegamos a soportar?

permanentes, como dolor de cuello a causa de un pinzamiento. Nadie explica que una ginecóloga pasa la mitad del tiempo inclinada hacia adelante con el cuello torcido, inspeccionando vaginas y úteros, tomando muestras de tejido, extirpando tumores u otros huéspedes indeseados y, en los casos más felices, atendiendo partos. Entonces, ¿cuál es el significado? Ha vivido alrededor de dar vida, ha hecho nacer a muchos, porque nacer siempre es una empresa y hay un lugar específico del que nacemos: los genitales femeninos, ese enredo fantástico que le recuerda al florecimiento de una amarilis.

La placa en el bolso

Marta guarda la placa de su consulta en el bolso. No la piensa tirar del mismo modo que está segura de no haber tirado su propia existencia, aunque haya tenido vivirla alrededor de dar vida y a ella se le haya escapado la suya. No, no se está poniendo melancólica, pero ¿cómo no pensar en cada vez que una de sus pacientes se preparó para un embarazo, cada vez que la acompañó hasta el parto y después, en todo lo que perdió veinticinco años antes cuando murió su hijo de solo dos años? Y ya no vinieron más hijos. Marta había entrado en ese grupo de edad en el que quedarse embarazada era más difícil.

Ella y Pietro habían soportado el golpe, esa pérdida que, con el paso del tiempo, en lugar de desaparecer, solo se hizo más grande, quizás porque vieron crecer a los hijos de otras personas. Marta había seguido dando a luz a otros hijos, otras vidas. Ahora no oculta el alivio que siente porque no tendrá que volver a hacerlo. Está a punto de cerrar la puerta de la consulta para siempre cuando recuerda las plantas del balcón. Debe haber al menos una docena de macetas, tiene que comprobarlo ya que quizás algunas se hayan muerto con el frío del invierno o estén tan débiles que no pueda hacer nada más por ellas. Hay muchas macetas en el balcón, más de las que recordaba y, a pesar de haberlas descuidado durante mucho tiempo, de algunas están brotando vibrantes matas. Coge un pequeño cactus y observa que cada maceta de barro tiene una fecha marcada en el borde superior. Hacía tiempo que tenía la costumbre de poner nombre a las plantas. Entonces lo ve, blanco y verde, brillante y a punto de abrirse. Es un tulipán en una maceta diminuta, en el rincón más alejado del balcón. ¿Cuánto tiempo hacía que no la regaba y pensaba que estaba muerta? Ni siquiera hace falta mirar la fecha. La levanta y la aprieta contra su pecho. Le ha estado esperando durante veinticinco años.

Piero della Francesca, ‘La Resurrección’ (1458-1474), Museo Cívico, Sansepolcro. Cristo resucita solemnemente de la tumba. Su imponente figura hierática contrasta con el profundo sueño de los soldados romanos. Tradicionalmente, se reconoce al segundo soldado de la izquierda como un autorretrato del artista. (Wikimedia Commons)





Miguel Ángel, 'El Juicio Final' (1536-1541), Capilla Sixtina (detalle). En el fresco, Cristo Juez separa a los bienaventurados, que ascienden al cielo, de los condenados, que caen al infierno, en un torbellino de cuerpos y movimientos que refleja las ansiedades espirituales de la nueva era (Wikimedia Commons)

Emerger por un momento

*¿Cuánto dura la libertad antes de que la memoria nos traiga de vuelta a casa?
Una mujer sepultada bajo los escombros resurge como si hubiera renacido*

CAROLA SUSANI

Cuando la ladera de la montaña cedió y su casa y las de las otras familias quedaron destrozadas e incluso algunas habitaciones se deslizaron hacia la playa, ella también cedió, suspendida en el vacío para derrumbarse después. Y quedarse paralizada e inerte. Le vinieron encima los escombros, como lo habían hecho sobre los pinos y la maleza, cubriéndola por completo como varias capas de mantas. Aparte del polvo amarillo y rojo en suspensión, nada se movió durante días. Las mujeres seguían llorando cuando observaban el desastre. Los hombres se encogían del hombros y los niños miraban con curiosidad. Nadie había ido a buscarla.

Desesperados por haber perdido sus casas, ahora llenas de gaviotas y mosquitos, se contaron y se declararon conformes con el número. Alguien vino a recogerlos, al-

gunos en todoterrenos, otros en viejos Fiat Panda, y el desastre enmudeció. Las sillas y mesas de las casas sin techo ni paredes acumulaban polvo, pero los accesorios del baño y los cristales de las ventanas brillaban al sol. A ciertas horas se oía el sonido del viento entrando y saliendo por las contraventanas abiertas. No sabría decir cuántos días han pasado, no puedo contarlos, no distingo una hora de otra, apenas puedo diferenciar la noche del día. Día y noche, los escombros permanecían inmóviles, compactados por la humedad, así que me sorprendí cuando algo sacudió la tierra.

Mujer pálida

Un terremoto tan pequeño que ocupaba un metro y medio y ella, una mujer pálida, ¿una anciana? Era difícil decirlo al ver su cuerpo después de haber emergido. Se estiró como si viera el mundo por primera vez o el azul del cielo. Se llevó las manos a los oídos para protegerlos de los cantos

de los pájaros, pero lo hizo mientras entrecerraba los ojos, riendo. Se movió un poco sobre los escombros. Luego se puso de pie y se inclinó hacia el mar.

Estaba picado, pero ella se emocionó como si no lo hubiera visto antes. No dijo gracias con palabras, pero su cuerpo era todo agradecimiento. Corrió, entró en el agua y nadó sin ningún tipo de estilo, zambulléndose y emergiendo, riendo, tragando agua, tosiendo y volviendo a reír. Levantó la vista y vio las casas destrozadas. Se detuvo. Algo brillaba, tal vez un jarrón.

Su cuerpo se encogió de repente y su expresión se tornó tensa. Salió del agua, caminó por la playa, comenzó a escalar, llegó a la casa de la que había caído y aferró el jarrón entre sus brazos. Se inclinó para ver qué había en las otras casas: más jarrones, ceniceros o cubiertos... los quería. Después volvió hacia el mar y, por un instante, la vi de nuevo. Estaba como ausente, pero radiante.

El orden de las cosas

Cuando no queda ninguno hace falta aprender a recomenzar. La verdadera sabiduría no es quedarse en el pasado, sino encontrar el valor de servir en el presente

SANDRA PETRIGNANI

Sucedió una tarde. Paseaba mirando escaparates porque no tenía ganas de volver a casa. Le había llevado la compra a una amiga que tenía gripe y ahora se lo estaba tomando con calma. No recordaba cuánto tiempo hacía que no se había regalado una tarde tranquila. De repente, se le paró el corazón. Vio unos metros más adelante a un hombre. El mismo impermeable desabrochado, el mismo gorro y esos rizos de pelo blanco que le cubrían el cuello. Sobre todo, ese andar tambaleante y un cigarro sin encender entre los dedos de la mano. “No es posible, **Roberto** está muerto”, se dijo a sí misma. O tal vez no lo dijo. Quería creer en una aparición. En un milagro que hubiera transformado sus fantasías —de regresos improbables— en realidad. Hay momentos en que la razón se retira, desaparece. Corrió tras él y gritó: “**Bob**”. Le agarró la mano. Miró el cigarro sin encender. Mientras, él también la miró con curiosidad y a la vez consciente de que la mujer estaba muy alterada, casi llorando.

Ella le soltó la mano y se disculpó, retrocediendo sobre sus pasos, confundida, repitiendo la misma letanía: “Bob está muerto”. “Pero ¿caso estar muerto significa que uno nunca puede reaparecer?”, se preguntó incrédula y obstinada como una niña. “¿Y qué hago?”. Abrió la puerta y, sin quitarse el abrigo, se dejó caer en el sofá de aquella casa donde todo hablaba de él. Había pasado un mes, dos, tres, cuatro, ¿cuántos? Sus amigos esperaban que se recuperara. “Ya verás, con el tiempo...”, decían. Pero el tiempo nunca pasaba y todos se impacientaban cuando ella decía: “No lo entendéis, solo irá a peor”.

No fue como otras muertes. La muerte siempre está ahí, pero no así. Había perdido a sus padres, pero eran ancianos. Era natural perderlos. Había perdido a dos enamorados franceses que habían significado mucho para ella. Encarnaban la juventud parisina. Grandes amigos, **Pierre** y **Jean Loup**. Ella se enamoró de Pierre, pero luego también conoció a Jean Loup

y se enamoró de él también. Nunca supo cómo elegir. Ellos, a su vez, se habían enamorado perdidamente de ella, y eran amigos. Ella los dejó, ¿para qué discutir? Iban juntos a todas partes. Un día Jean Loup los llevó a Normandía, a casa de su hermana, que le había dado las llaves, y se atiborraron de ostras en la terraza. El sabor de esas ostras seguía siendo inigualable, nunca más había comido ostras así. Jean Loup era el único que sabía abrirlas. Lo hacía fenomenal. Deslizaba el cuchillo en la concha de una sola estocada y la ostra se abría inmediatamente. Le ponía limón y se la pasaba a sus amigos; primero a ella y luego a Pierre. Se comían todas las que podían, nada más, solo ostras. Ella dormía en casa de la novia de Jean Loup, que estaba de viaje.

Testigos de juventud

Un día, él pasó a traerle sábanas limpias y la abrazó. Así fue como empezó todo. Con los años, tomaron caminos diferentes, los tres se casaron, se separaron, encontraron otras parejas... Pero siempre que ella volvía a París se veían, iban de paseo, al cine o al teatro que era la pasión de Pierre. Y si uno no podía, el otro la acompañaba y aprovechaban la oportunidad para abrazarse. Cuando Jean Loup se suicidó, ella y Pierre nunca volvieron a besarse.

Y un día Pierre la llevó a un restaurante en una terraza alta y le señaló el edificio de enfrente. “¿Ves esa ventana?”, le dijo, “Jean Loup saltó desde allí, estaba muy deprimido”. Pasaron los años y Pierre también murió. Le dijeron que, como bebía demasiado, había desarrollado cirrosis hepática. La llamaba desde el hospital, bromeando como siempre, jurando que se recuperaría y volvería a beber. Pero eso nunca sucedería.

Ahora el recuerdo de aquel amor loco volvía cuando ellos ya no estaban y no quedaba rastro de juventud. Porque incluso la juventud muere cuando los testigos de ella desaparecen. “Tú sola no eres suficiente”, se decía a sí misma, porque cada vez más se sentía más triste y sola. Pero no pensaba en saltar desde un edificio. Llamaba a su antiguo terapeuta para decirle que no

podía soportar estar rodeada de muerte. Era la única que quedaba viva de sus amores, sus grandes amores. Incluso Riccardo, su hermano, que también fue un gran amor, murió a los quince años. Cuando eres tan joven, las heridas, a pesar del dolor y la incredulidad, se cierran y se convierten en cicatrices. Pero no después.

Cuando empiezas a acercarte a la misteriosa edad que llaman vejez, no, nada cura; de hecho, las viejas heridas se reabren y sangran de golpe. “Tiene miedo a la muerte”, le decía el terapeuta por teléfono. “Si tienes fe, reza. Si no, lee el *Fedón* y la *Apología* de Platón. Lee *De rerum natura* de Lucrecio. También le tiene miedo a la

Andrea Mantegna, 'Resurrección', 1457-1459, Museo de Bellas Artes de Tours. Cristo emerge solemnemente de la tumba dentro de una mandorla de querubines. La pintura formaba parte del retablo de San Zeno en Verona, del que fue separada tras el saqueo napoleónico. (Wikimedia Commons)



vejez. Lea a Cicerón, *De senectute* y las *Cartas a Lucilio* de Séneca”, añadía. Ella leyó durante días y días y se llegó a olvidar de acariciar la ropa de Roberto en el armario. Incluso dejó de soñar con él. De hecho, no soñaba en absoluto. “Sueñas, como todos los demás, pero no recuerdas”, le decían sus amigas. Pero es lo mismo. Si no recuerda, es como si no estuviera soñando, y Bob se ha ido, quizás para siempre; está verdaderamente muerto.

Entonces, ¿qué sentido tiene guardar sus zapatos que podrían ser útiles para quienes no tienen? ¿Qué significa seguir vivo cuando otros mueren? ¿Volverse insensible y egoísta? Ella no tiene fe, pero rezó mucho cuando Bob estaba enfermo. Fue a misa, buscó la ayuda de un sacerdote en el confesionario. La respuesta fue: resignación. Pero ella no quería resignarse, ni siquiera ante la evidencia. ¿Quién rezaría sin creer en Dios? Rezaba para no volverse loca, pero si existía alguna deidad en los cielos, debía de ser muy malvada para ser tan cruel con tantos seres humanos inocentes...

Así que leía. Y comprendió que la conclusión, o la lección, por así decirlo, era una sola: volverse sabia. En cierto modo, pensó, era otra forma de decir lo mismo. Ser sabia, en su caso, significaba aceptar, es decir, resignarse a la evidencia de la muerte de Roberto, como la de todos los demás seres vivos que alguna vez estuvieron en el mundo y, de un momento a otro, desaparecieron para no volver jamás, dejando atrás ropa y objetos que podrían haber sido útiles para otros. También era sabio meter todo en maletas y llevarlas a los pobres. Era sabio mudarse a una casa más pequeña, adecuada a su nueva soledad, y regalar los muebles. Y al dedicarse a estas nuevas cosas, cambió sus amistades y su vida.

Limpiar parques

Se unió a un grupo dedicado a limpiar los parques de la basura que la gente dejaba. Usaban un uniforme y eso le hacía sentir menos sola. Le gustaba ver el césped libre de basura y recuperar su color. Era ma-

ravilloso contemplar, al final del trabajo, la gracia de la naturaleza en la ciudad. Y charlar con otros, descubriendo diferentes dimensiones de la existencia. Un día, una mujer mayor la invitó a acompañarla a un comedor social. Se puso un delantal y guantes y le enseñó cómo servir a aquellos a quienes siempre había considerado genéricamente “los sin hogar”. Le enseñó a llenar los platos de los comensales desde detrás de un mostrador y a moverse discretamente entre las mesas. Entonces se dio cuenta de que las personas sin hogar reales eran una minoría. Había señoras bien vestidas, una incluso llevaba un collar de perlas, probablemente falsas, pero que le daban un aire refinado. Era una maestra jubilada que apenas podía pagar el alquiler. “Y ese otro se arruinó después del divorcio. Creo que ahora duerme en el coche”, le dijo la mujer.

Ahora los muertos la dejan en paz y ella deja a los muertos en paz. Un día volvió a llamar a su antiguo terapeuta para decirle: “Sí, es bueno adquirir sabiduría. Gracias”.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento